

EL CANCER DE ESPAÑA

«La chispa que provocó las increíbles escenas del Parlamento y de la que provienen las graves crisis de todos los gobiernos españoles es la rebelión de los vascos...»
(«Daily Express»).

EL «PROBLEMA VASCO»

A pesar de la lluvia y de los elementos la gente se lanzó a la calle, no hizo falta el sol radiante para eclipsar a las multitudes de la Plaza de Oriente... Se rompieron todas las previsiones...

España en la calle para apoyar la Constitución y las libertades democráticas...

Mientras tanto en Euskadi no salió ni Dios... y los que lo hicieron se toparon con una policía dispuesta a todo. No cabe duda. Estamos en dos ondas diferentes.

El éxito popular y arrollador de las manifestaciones que se celebraron a lo largo y ancho del Estado español puso más en evidencia aún el fracaso (?) de esas mismas manifestaciones en Euskadi.

Cuando el viernes a la tarde el triunfalismo y la euforia inundaba las ondas de la cadena Ser y Radio Nacional a través de las múltiples

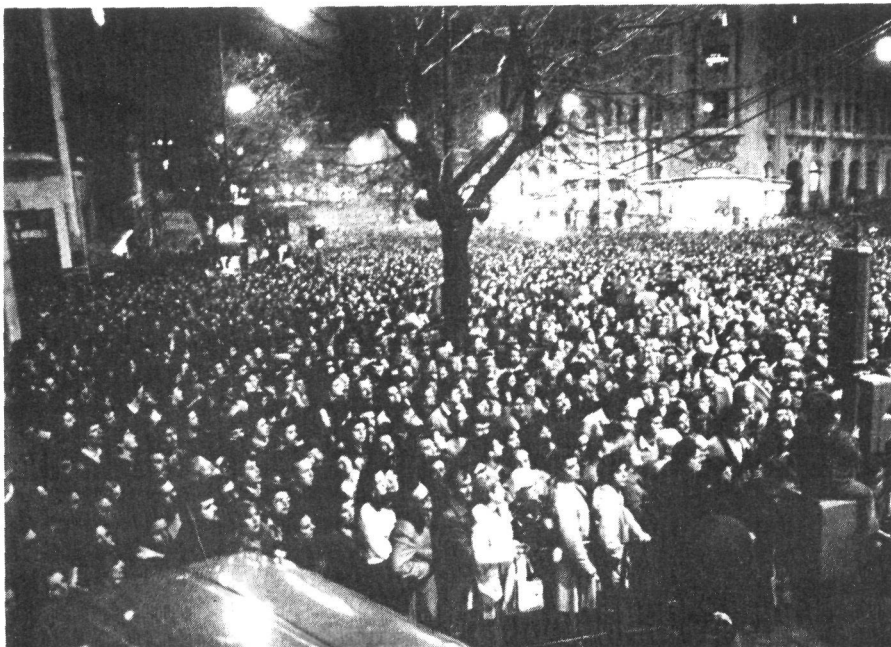
conexiones con las capitales españolas, un oyente imparcial hubiese tenido que concluir que Euskadi no pertenecía al Estado español. Se conectaba con Madrid, Valencia, Sevilla, León, Burgos, Motril, Ciudad Rodrigo, Salamanca, Santiago, Tenerife, Badajoz, Granada, Lérida, Barcelona, Zaragoza, etc. etc. en la Ser y después de tres horas de trans-

misión Bilbao, Pamplona, Vitoria y San Sebastián no existían. Únicamente la Ser hizo una tímida conexión al cabo de tres horas con esta última ciudad. El corresponsal manifestó avergonzado que la manifestación había sido prácticamente inexistente y además había sido reprimida por la Policía.

Televisión Española, en la noche del viernes conectó con todos sus centros emisores menos con el de Bilbao. ¡Bendita casualidad!

Como es lógico el detalle no podía pasar desapercibido a los comentaristas políticos que en definitiva venían a tropezar como siempre y una vez más con el problema vasco. Recojemos el significado editorial del domingo en «El País».

«En este sentido ocultaríamos la verdad si silenciáramos el desencanto y el estupor de los muchos españoles que se manifestaron anteayer masivamente en favor de las libertades y en contra de los golpistas al conocer la indignancia de las movilizaciones en el País Vasco y las rencillas intestinas que dieron al traste con las modestas concentraciones realizadas. Con independencia de que los sediciosos se han alzado contra la Constitución también por otros motivos, ya que su rechazo de las instituciones democráticas y de las libertades forma un círculo de hierro, lo cierto es que su única consigna eficazmente movilizadora se refiere a los estragos del te-



«No hizo falta que sonara la voz estridente del cornetín de órdenes. Ayer tarde, los millones de españoles que sentimos dentro una libertad estallante, un ansia democrática y constitucional, nos lanzamos a tomar la calle en paz y gritar con el silencio nuestro asco al golpe militar, nuestras ganas de convivir libres, justos, soberanos y en paz... («Diario 16»).

rorismo y que el frustrado golpe de Estado no hubiera podido asestarse sin el trasfondo de indignación y cólera producido en las Fuerzas Armadas por los crímenes de las diferentes ramas de ETA. En este contexto, no podemos por menos que decir, aun ratificando el deseo y la voluntad de que las heridas entre los vascos y el resto de los españoles queden restañadas cuanto antes, que algunas fuerzas políticas vascas, especialmente el PNV, mayoritario en las instituciones de autogobierno, no han estado a la altura de las graves circunstancias creadas por el asalto al palacio del Congreso y por la sublevación en Valencia del teniente general Milans del Bosch. Madrileños y valencianos, por destacar tan sólo a las poblaciones afectadas de manera más directa por los acontecimientos del lunes, salieron el viernes a la calle para exteriorizar su rechazo del frustrado golpe de Estado, en cuya génesis figura precisa-

mente el conflicto vasco. ¿Por qué no sucedió lo mismo en Euskadi? La falta de respuesta de sus dirigentes es tanto más incomprensible cuanto que, si el intento sedicioso hubiera triunfado, buen número de españoles lo habrían pasado mal, pero el País Vasco hubiera sido el escenario de una auténtica tragedia.

Los recuerdos de las carlistadas, que desestabilizaron al país entero en el siglo pasado, gravita pesadamente sobre estas reflexiones. Los silencios y las ausencias del PNV a lo largo de esta crítica y tensa semana, que culminaron en su negativa a convocar para la manifestación del viernes con el inverosímil pretexto del secuestro de los cónsules, necesitan una explicación política. El doctrinarismo de los grupúsculos de extrema izquierda contribuyó a reventar las manifestaciones de Bilbao y San Sebastián. Las dificultades de la izquierda vasca democrática — socialista, comunistas

y Euskadiko Ezkerra — para sobreponerse a las rivalidades y a los malos entendidos contrastan con el vigor unitario desplegado en el resto del país por todas las fuerzas políticas. Por lo demás, la perplejidad mostrada en estos días por Herri Batasuna lo mismo puede incubir una honesta autocrítica, que reconociera que el golpe del 23 de febrero echa por tierra su absurda equiparación del régimen constitucional con una dictadura militar, que una deshonesto huida hacia adelante teórica, en vivo contraste con su estampida hacia la frontera cuando el lobo se halla a las puertas de la aldea».

El desfase de onda, con todo lo que ello representa, aunque no haya sido analizado con rigor por nadie (tampoco interesa a lo que parece) ha puesto en evidencia una vez más por si hiciera falta que el problema vasco «es el verdadero problema del

EL PROBLEMA VASCO

(del diario «egin»)

La opinión del que suscribe no es la opinión de un profesional del mundo político; y esto tiene los inconvenientes que se derivan de la falta de acceso a los canales secretos de información de los pasillos. Pero tal vez tenga una ventaja importante: que las líneas que siguen son una reflexión exenta de cálculos partidistas y de maquiavelismo de aparato.

Las 18 horas vividas han sido graves; y nada más irritante, por eso, que las sonrisas condescendientes de los que «ya sabían» que eso era una fantasmada y que nada iba a pasar. Un incidente fortuito, convertido en provocación; un gesto excesivo dentro de la Cámara; un accidente involuntario, podían haber bastado ayer para haber desencadenado la temida reacción en cadena y la caída en el fascismo.

Decir hoy: «Tejero está loco», es probablemente ocultar, consciente o inconscientemente, un hecho político grave; y presumir, contra toda verosimilitud, que el teniente coronel Tejero estaba sólo. Es mucho más razonable suponer que Tejero no estaba sólo; pero que el cuerpo de los insurrectos, decidido a destruir el régimen parlamentario, no estaba decidido a acabar con la Monarquía, dando un salto en el vacío hacia una dictadura militar pura y simple. Parece que Tejero pretendía la operación Primo de Rivera, de 1923; pero le ha fallado la Corona en sus cálculos.

De todas formas, parece probable que la situación ha sido gravísima desde el punto de vista del riesgo de vuelta al fascismo puro y duro.

Pero me parece que se olvidan las causas que han llevado a intentar la aventura; a pesar de que el propio Tejero ha dicho claramente que venía a «acabar con el terrorismo». Parece así que es «el terrorismo» el motor que ha movido a Tejero y los suyos.

Por supuesto: es claro que los aparatos del Estado

(y en especial los Cuerpos de Seguridad) siguen sin depuración; por lo que muchos de los hombres clave de la represión en vida de Franco, siguen hoy en sus puestos, o incluso en puestos de responsabilidad aún mayor. Y no hay duda de que esos hombres no han cambiado de métodos, ni menos aún de metas políticas, o de visión del Estado español. Cuando se exige ahora la depuración anti-franquista de los órganos estatales, con carácter inaplazable, se exige algo esencial. Nadie lo duda, me parece.

Pero Tejero tenía razón, desde su punto de vista, en la jerarquización de las causas. Ya antes se salió de la Ley a causa de la ikurriña; y ahora ha ordenado a los diputados «cuerpo a tierra» para acabar de una vez con «el terrorismo».

Ahora bien: el «terrorismo» que subleva a Tejero, es el «terrorismo» ligado a la ikurriña. Todo el mundo sabe que hoy, en el Estado español, el «terrorismo» es fundamentalmente ETA. Así, pues, Tejero se ha levantado una y otra vez contra ETA; es decir, a causa del problema vasco. Y esto es lo que quisiéramos oír, y no oímos.

Y el asunto viene de lejos. Cuando murió Franco, hace ahora cinco años, la inmensa mayoría de los 753 presos políticos del momento, estaban ligados al «terrorismo». Y las dos mayores crisis del propio franquismo (el Proceso de Burgos, y el atentado contra Carrero y consecuencias) fueron también crisis ligadas al «terrorismo» vasco.

Más aún: el propio levantamiento de 1936, cuya prolongación se ve en los aparatos represivos no depurados, tuvo una fuerte dimensión anti-vasca, hecha patente en el célebre bombardeo de Guernica.

Pero se puede ir más atrás todavía: las dos guerras carlistas del siglo pasado, y las innumerables algaradas

Estado español...» y que lo del cáncercer que decía el honorable Tarradellas era algo más que una frase.

El comentarista Ramón Pi, desde su atalaya madrileña comentaba así el «desfase»:

Si descartamos las ya tradicionales interferencias de gopúsculos, los minoritarios que, a la cola de todas las manifestaciones, mostraban su extremismo y su afán de notoriedad — hechos perfectamente previstos y sin mayor trascendencia, ciertamente—, hay que destacar como la más llamativa excepción a esta tónica general de civismo y de espíritu patriótico lo acontecido en Bilbao, San Sebastián y Pamplona. Las querellas interpartidistas sobre el conflicto de Navarra y su integración en Euskadi, por un lado; la inhibición del Partido Nacionalista Vasco de la convocatoria, por otro, y finalmente, las actitudes abiertamente provocadoras de las organizaciones que apoyan a una u

otra rama de la organización terrorista ETA, han sido los tres elementos causantes de los incidentes registrados en aquellas ciudades, con la excepción de Pamplona, que por no registrar no ha registrado ni siquiera manifestación alguna.

Es necesario, para comprender el alcance de los hechos de ayer en toda España, enmarcarlo en el cuadro político general y, desde luego en la delicada situación porque atraviesa la democracia española. Desde esta perspectiva queda inequívocamente puesto de manifiesto el deseo de la inmensa mayoría de la población de continuar viviendo en paz bajo el imperio de la Constitución en la Monarquía democrática. Por lo que respecta al País Vasco, lo ocurrido revela una vez más algo que se viene repitiendo desde hace ya tiempo; que aquella tierra está lejos de haber encontrado la tranquilidad, y que el germen de terror ha hecho verdaderos estragos

en lo que todo el mundo civilizado entiende por vivir en paz.

Hoy es posible, más que nunca, certificar la ausencia de libertades elementales en aquella tierra atormentada por los odios y la sangre, y que sobrevive, en permanente empobrecimiento, sometida a la dictadura de una organización capaz de intimidar al propio partido mayoritario. Lo que ocurra en el País Vasco es extraordinariamente importante, y puede ser decisivo, para el futuro del conjunto de España. Tal vez en el propio País Vasco eso no se aprecia con tanta claridad como desde fuera, pero con una óptica global resulta de una claridad cegadora el carácter de elemento desencadenante de hechos irreversibles que tiene hoy por hoy la zona vascongada.

Como puede verse, las cosas están cada vez más claras.

«terroristas» de ese período, tuvieron lugar *objetivamente, en proporción increíble, en «las provincias»* (como se decía entonces); es decir, en el País Vasco.

Evidentemente, el que suscribe, hombre privado, sin poder político alguno, mal puede dar consejos a nadie. Pero estima que es su deber, como hombre de pluma al menos, decir éstas que considera verdades de Pero-Grullo a todos aquellos que, dentro o fuera del País Vasco, pueden tener cierta influencia a la hora de tomar decisiones.

El problema del «terrorismo» es un problema esencialmente ligado a la no-solución del problema vasco.

Se nos puede contestar que eso no es cierto; y que la prueba está en la existencia del Gobierno vasco, y demás. Pero creemos necesario recordar, no por hacer moralismos sino para hacer comprender lo que pasa en este país, que quienes apoyan las actuales instituciones, por una parte, y quienes lucharon contra el franquismo de forma revolucionaria, por la otra, constituyen lo que en Matemáticas se define como «grupos disjuntos». Es decir: «grosso modo», quienes lucharon en el período final del franquismo, *no son* los que hoy aprueban las instituciones vascas actuales; o, si se prefiere, los que hoy crean problemas de «terrorismo» en el Estado español, crearon ya problemas a Franco. Y este hecho es grave y clave. Los que plantearon hace años un combate revolucionario para solucionar el problema vasco, no han admitido las instituciones vascas actuales. Así pues; la «solución» dada al problema vasco, sólo ha sido satisfactoria para los que tampoco antes fueron problema para el Estado español.

Suele decirse que la Política es el arte de las realidades; y yo entiendo que ésa es una realidad. Yo diría más: que es la realidad más importante a la hora de estudiar los medios para acabar con el «terrorismo».

Dicho de otro modo: entre el problema vasco y la ocupación de la Cámara el lunes, hay una estrecha relación.

Una solución es la propuesta por Tejero: acabar con la democracia del Estado español, como primer paso; y acabar a continuación con el problema vasco por procedimientos expeditivos de sobra presumibles. Tras 40 años de franquismo, y constatación de la radicalización abertzale y de las organizaciones armadas vascas, parecía que esta tentación había sido descartada.

La otra solución es la opuesta: tomando conciencia de que tras la palabra «terrorismo» se trata de ocultar el fenómeno *nacional vasco*, intentar afrontar las causas que alimentan la tensión en este país desde hace siglo y medio. Es decir, reconocer que el pueblo vasco tiene personalidad suficiente como para exigir autodeterminación, como para exigir instrumentos mínimos de normalización lingüística, como para exigir el fin de la división territorial entre Navarra/Vascongadas, etc... El permanente «terrorismo» vasco está ligado a estos problemas; por lo menos tanto como a otros derivados de la falta de ruptura con el régimen anterior.

Naturalmente que se puede considerar que esto es una exageración, y que el problema vasco está resuelto. Pero yo creo que no lo está; y que es mi deber decirlo claramente. Mientras nuestro país esté dividido en dos, la lengua esté condenada a su desaparición, y nuestros problemas sean considerados idénticos a los de las provincias españolas donde no hay problema de *identidad*, el «terrorismo» surgirá una y otra vez; a pesar de las batallas que pueda ganar el Estado por vía policial. Porque los mismos que luchaban en 1970, e incluso mucho antes, por el reconocimiento de los derechos *nacionales* del pueblo vasco, seguirán la lucha al margen de una legalidad que nunca han aprobado.

Creo que no sacar esta consecuencia el 25 de febrero de 1981 sería un suicidio político para todos; y muy en especial para la democracia española.

TXILLARDEGI